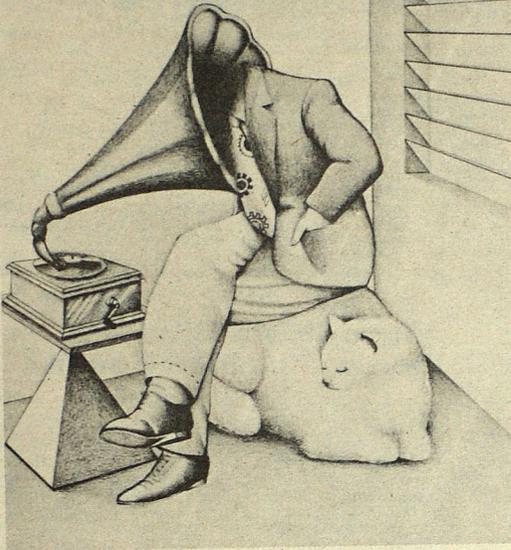


El Círculo de Bellas Artes cumple 100 años

Por Juan Antonio Cabezas



Balaguer visto por Arestizabal

Yo que no puse un grano de arena en mi vida ni un grano de arena para arreglar el mundo ni un grano de arena para su transitoria libertad. Me limité a olvidar un dolor antiguo y a buscar en mis caminos de ciego un cerillo encendido.

Y en la morgue a identificar a los muertos y en la fiesta a identificar a los vivos. En la fiesta del mundo con enormes piñatas con música, con guaro y serpentinatas. Yo que llegué tarde al amor. Porque fui impuntual como Renata jugando peregrina, saltacuerda y sabanero. Porque el tiempo pasó sobre un mundo extraño. Y nosotros "los de entonces ya no somos los mismos". Porque ella está lejos de mis días y Pino ya no vendrá a jugar a mi vida. Porque no supe amar y el tiempo borrará mis senderos.

Porque el mundo seguirá su fiesta. Y yo olvidaré sus rosas escarlatas y me quedaré en silencio, sin moverme sentado en la silla sobre su arquitectura de madera. Y la carnívora flor tragará mi cabeza mis recuerdos, traumas y transmigraciones. Y yo que fui feliz quedará en silencio. Y el viejo Volvo reanudará su andar de coleóptero y vendrán lloviznas suaves como el vino del estío y en los lechos de piedra pasará de largo el corno de una caracola. Yo que estuve ausente vendré a visitarlos el día de mañana yo que abrí las manos y dejé escapar la rosa feliz de mi jardín me perderé como sombra en los sonidos de una diferente soledad.

Retrato del ser innumerable

Gracias hermano Barbarroja por verme con tus ojos claros de topo con esos ojos claros desde la espesura de tu vida indiferente desde el espectáculo absurdo de la eternidad de los pocos días que te faltan Maula viejo. Gracias por verme al otro lado de la vida oyendo en la flor del pasado sus músicas eróticas y en el viejo fonógrafo la vida la vida que en mis manos y en mis ojos pasará como la luz, como el agua en las cañerías subterráneas de la dolorosa ciudad. Porque sé que nos iremos borrachos y cantando "Flores negras" en francés como Flaubert. Porque sé que nos iremos en tus trenes de bruma hacia el Valparaiso equinoccial de la sombra de los veranos quietos y serenos. Y nos importará un pepino el dolor y la inundación. Seguirás siendo el dibujante personalmente preferido

después de Muerto, de Durrero y Magritte. Yo entenderé tu alegre y bulliciosa soledad. Y entenderé a Liza Minnelli cantando "¡New York! ¡New York!" en los funerales de la gran ciudad. Porque ni yo que fui feliz he pensado en morir ni en beber un poco de agua en la fuente de Dios. Por eso te doy gracias chileno peregrino. Por venir a mi isla a beber gato negro y a decirme que la alegría del mundo te incomoda. Y que Ana te quiere y a veces no te entiende. Y miras en mis ojos el aviso de mi muerte. Y dices que es bobada y bromear y te ves al espejo y miras también tu propio vacío. Y la vida envejecida pide "cinco" en las calles una limosna para aliviar su artritis, su pena, su goma de puta sus achaques y su desdichado mirar. Y no te hablaré Germán de mis proyectos.

que habitó mi voz

Por Carlos Balaguer

En el número cuarenta de la calle de Alcalá, pleno corazón de Madrid, se levanta el airoso edificio del Círculo, como se dice por antonomasia. El Círculo de Bellas Artes —mucho más que un casino burgués— es una auténtica institución madrileña. Dice don Luis de Armiñán, en su ágil "Biografía del Círculo de Bellas Artes" (1973), que el año de la fundación (1880) era un año que olía ya Alfonso XII "el Pacificador", como lo apellidaría Cánovas para injertarlo en la Historia. Y agrega el brillante biógrafo del Círculo, que éste nace en el Madrid pequeño, pueblerino y parlanchín, que vive en torno a las tertulias cafeterías de la Puerta del Sol, por donde se "bambolean los pompones de los milicianos nacionales". En aquel Madrid que siente como un renacer de las aficiones artísticas, porque la paz suaviza las costumbres y en las calles se ha dejado de cantar el romance de la Reina Mercedes. El romántico, "¿Dónde vas Alfonso XII...?"

En una de las tertulias de aquel Madrid, todavía pueblerino, del año 1880, una veintena de pintores, escultores y hombres de letras, que discuten sentados en los divanes de peluche rojo, frente a los grandes espejos de uno de los cafés portasoleños, concibe la idea de formar una Sociedad de profesionales de las Bellas Artes. Eligen por capitán, como si de un tercio se tratase, a un pintor alicantino, maduro y con méritos artísticos y personales, por todos reconocidos: don Plácido Francés.

El pintor y sus amigos escriben algo sobre la mesa de mármol de su tertulia y acaban alquilando un piso en la calle del Barquillo, para primer domicilio del que denominaron ya, Círculo de Bellas Artes. Cierta que para pagar el alquiler mensual de 200 reales, más 14 de alumbrado, hubo meses en que don Plácido recurrió al procedimiento de malvender alguno de sus cuadros. Fue el año en que las Cortes, bajo la presidencia del conde de Toreno, votaron la abolición de la esclavitud en la Isla de Cuba.

A los pocos años la casa de la calle del Barquillo empezó a resultar pequeña. La célula inicial del Círculo empezaba a desarrollarse y los socios ya no se encontraban cómodos en el piso de una casa vieja y poco acogedora. En sus primeros veinte años el Círculo recorre cuatro domicilios —Barquillo, Madera, Libertad y otro piso distinto en Barquillo— hasta que en 1900 se trasladó a la casa del marqués de Torrecilla, en el número 7 de la calle de Alcalá. Y poco después a una planta del edificio de la Equitativa, cuyos balcones daban a las calles de Alcalá y Sevilla, desde los cuales podía verse la fuente de Cibeles. Empezaba el todavía pequeño Madrid de Alfonso XIII.

El Círculo, entre cuyos socios, además de artistas, figuraban simpatizantes de su noble y selecto ambiente social, pensó en levantar un edificio para su propio domicilio. Tuvo la audaz directiva el acierto de encargarse el proyecto al joven arquitecto pontevedrés, de Porrño, don Antonio Palacios, que había obtenido segunda Medalla en la Exposición Nacional de 1904. Era un arquitecto, que además de técnica tenía fantasía. Se compró un solar de 1.800 metros cuadrados al marqués de Casa-Riera, en dos millones de pesetas y el presupuesto de la obra, en la que Palacios "echa el resto", subió a 6.500.000 pesetas, de los años veinte. El Círculo contaba con 4.500 socios. El edificio, entonces el más alto de Madrid, lo inauguró Alfonso XIII, en 1926. Cierta que no se terminó totalmente hasta que en 1973, siendo presidente de la Junta don Joaquín Calvo Sotelo, se completó la decoración y se instaló la estatua de bronce de Minerva, que pesa tres toneladas, sobre una de las terrazas exteriores del edificio a 58 metros sobre el nivel de la calle de Alcalá.

En el edificio de doce plantas, con interiores suntuosos y monumentales, se instalaron un teatro, un "salón de conversaciones", un auditorium para escuchar conciertos, la Sala de Exposiciones "Goya" que se inauguró con una exposición de Ignacio Zuloaga, salas de juegos, escuelas de dibujo, pintura con modelos y danza, que pronto adquirieron gran renombre, una gran biblioteca y otras diversas instalaciones dedicadas a la cultura y el recreo de sus asociados.

Aunque el Círculo nunca participó en las luchas políticas, padeció todas las vicisitudes de la política española en los últimos cincuenta años.

En la actualidad preside la Junta el gran escultor Juan de Avales, natural de Mérida (Badajoz), que se propone potenciar la entidad y todas sus instalaciones, sin olvidar los premios ya tradicionales y la restauración de las llamadas Exposiciones Nacionales de pintura y escultura, en las que se concedían anualmente las Medallas tan codiciadas por los artistas. Entre los premios de Bellas Artes figuran los de pintura y escultura dotados con un millón de pesetas cada uno. Esperamos que la popular entidad continúe siendo digna de su noble y madrileña historia.

Filosofía, Arte y Letras